

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
EL lugar del servicio cristiano	1
El hombre que alborotaba al pueblo	4
Walther y la misión	13
¿Fue San Pedro El primer Papa?	20
La Federación Luterana Mundial y el movimiento ecuménico	27
Moisés	34
Bosquejos para sermones	40

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 64

Cuarto Trimestre - 1969

Año 16

EL LUGAR DEL SERVICIO CRISTIANO

Es indudable que el vestido del liturgo, en uno u otro sentido tiene una función en la forma del culto. Aunque se admite que aquí se trata de una cuestión secundaria, debemos notar, sin embargo, que los miembros de la congregación se irritan fácilmente y reaccionan casi con violencia tan pronto que se haya divulgado la noticia de que existen propósitos de introducir ciertos cambios en el vestido litúrgico. Por tal reacción, para muchos asombrosa, se evidencia que la mayoría de los cristianos no considera como algo indiferente la manera cómo se viste el liturgo durante el servicio religioso. Hay que reconocer que la Iglesia tiene que resolver problemas más importantes que calentarse la cabeza con discusiones sobre la forma y el color de la toga. Por una parte se da demasiado énfasis a la cuestión acerca de cuál debiera ser la forma de la toga, y por otra parte esta cuestión se halla completamente descuidada. Hay un movimiento en pro y en contra de la toga y se discute si ella debiera ser reemplazada o complementada por otros vestidos, considerando todo esto desde el punto de vista teológico o estético, simbólico o práctico.

Para poder decir algo sobre el vestido del liturgo debemos aclarar antes lo esencial y la función de este vestido. La función principal de la toga actual es, por un lado, la de demostrar y enfatizar que los actos realizados en el culto no son profanos sino que se distinguen de la vida diaria y de los actos profanos. Por otro lado se cubre el cuerpo del ministro para que los feligreses no se fijen en su exterior. Históricamente, la forma de la toga evangélica, generalmente en uso, tiene su origen en el vestido usado por los profesores de la universidad de Wittenberg que siguieron usando esta toga académica también en los cultos. Y lo que comenzó así, es decir por un apuro, el uso de la toga académica en la iglesia, se ha conservado por los siglos, con sólo pequeñas modifica-

ciones: la toga negra, el alzacuello (Befchen) y el birrete. No podemos afirmar que se trata de un vestido litúrgicamente ideal, porque éste no existe, y por esto no hay motivo de reemplazarlo, sea por el traje común sea por vestidos que se usaron en la iglesia primitiva. Pero por lo menos una objeción sería contra la forma actual del vestido litúrgico merecer ser tomada en cuenta, y esta es que la toga negra no refleja bien y satisfactoriamente la alegría cristiana y su mensaje jubiloso.

Como ya se indicó, la objeción más fundamental se dirige contra el color de la toga y el valor especial de este color. Es evidente que ya en el Nuevo Testamento se entendió y valorizó el color blanco como el color de la luz, pero el color negro, y esto aún más pronunciadamente desde la edad media, como el color del luto y de la negación de la vida. Es cierto que no podemos pasar por alto el hecho de que el sentimiento con el cual reaccionamos frente a los distintos colores, no se mantiene invariable en todos los siglos. En la Edad Media se daba preferencia al color blanco y al color dorado, el color negro en cambio era interpretado como el color de la muerte. Esto ha cambiado bastante. Como puede verse en el campo de la pintura, ya no tenemos casi ninguna relación íntima con el color dorado. El negro sigue siendo el color de luto, pero no en sentido exclusivo, porque con el negro se combina también el sentimiento de lo solemne. Resulta entonces que la solemnidad ha desplazado en el servicio religioso y cristiano la alegría profunda que debe ser lo característico y sobresaliente del servicio cristiano, donde Cristo, el vencedor y triunfador, quiere estar presente de un modo especial. Alegría nunca es lo mismo que solemnidad. El hombre que se siente dominado por una alegría desbordante no tiene mucha gana de cubrirse con un vestido negro, y en su interior se reconoce como derrotado si a regañadientes debe darse por satisfecho con lo ceremonioso que no le permite usar los colores alegres.

El problema no se resuelve con introducir los vestidos usados antes de la Reforma; sería una manera demasiado sencilla. Los vestidos del culto católico-romano tampoco los podemos usar, ya que con ellos se combina la función de la misa y del sacrificio en la misa. La situación es diferente en

los países escandinavos, porque en estos países no se introdujeron cambios radicales en los vestidos litúrgicos en los tiempos de la Reforma, sino que también después de la Reforma en lo esencial quedaron en uso los vestimentos litúrgicos anteriores.

Pero en algo puede corregirse la situación también en nuestros países si se agrega a la toga el blanco sobrepelliz, una mantilla o túnica blanca de lino o algodón liviano o de batista con mangas medio anchas. Este sobrepelliz llega a las rodillas y se adapta suavemente a los pliegues de la toga. En el siglo 16 y 17 fue usado casi siempre en los actos sacramentales del culto luterano y se ha conservado en algunas partes de Alemania. En Norteamérica es lo normal y se impone rápidamente. Su introducción, mejor dicho su reintroducción, no debe considerarse como algo demasiado atrevido, ni como algo artificial; tampoco la recomendamos porque se busque un nuevo campo para el arte paraméntico, sino porque nos damos cuenta de que el color blanco realmente corresponde mucho más que el color negro a todo lo que ocurre en el servicio cristiano.

F. L.

¿SABIA UD. QUE . . .

¿Sabía Ud. que hay una tendencia de introducir el diálogo en el servicio cristiano? La iglesia tiene un ministerio de la Palabra, instituido por Cristo, y debemos reconocer que Dios quiere transmitir su servicio, su ayuda por medio de su Palabra, y nosotros debemos estar dispuestos a escuchar su Palabra. La manera de llevar esta Palabra a los hombres puede variar e incluir también el diálogo, siempre que éste no sea solamente una discusión por palabras sino que reconozca su responsabilidad. Puede ser que para tal diálogo se presenten varias propuestas, p. ej. que una discusión preceda al culto regular, o que se haga después del culto, o que se realice la discusión entre sermón y ofertorio, o que sea introducida en la forma antifonal de la liturgia.